

MINERVA EN DELFOS

Se llamaba aquello *la lonja* como pudiera llamarse el *pandemonium*, el bazar ó cualquier cosa análoga. Consistía en un gran rectángulo con entrada á dos calles. Estaba dividido á lo largo en dos por un mostrador sucio y despintado, á un extremo del cual estaba la zafra del aceite y á otro la vara de medir, que pasaba buenamente por metro. Delante del inmenso armatoste quedaba un gran espacio ocupado por veladores y taburetes, sacos de legumbres, mazos de escobas, arcones de trigo, pilas de cacerolas, ferretería, quincalla, lencería y cuanto más bizarro pudiera imaginarse. En la pared había como una media docena de estampas, grabados y un gran calendario con tres inglesas gemelas que, bajo sus remangados volantes de encaje, mostraban sendas pantorrillas cubiertas con medias negras de fran-

jas azules. Al otro lado del mostrador, aparecía la más variada estantería que sospechase puede; comenzaba á la izquierda y cercana á la zafra por botellas, latas y frascos; mediaba en cajetillas de veinticinco y papel de barba y terminaba en rollos no livianos de lanillas y de cretonas. Del techo pendían chorizos, alpargatas, jamones, cordeles, blusas, boinas, guindillas y loza ordinaria. Bajo tan fantástico dosel, aparecía risueña siempre y socarrona la redonda fisonomía del tío *Todo*. Y á fe que el apodo no podía cuadrar muy mal á quien lo era todo en Torreperda: estanquero, tabernero, abastecedor, carnicero, comisionista, tendero y mediador y árbitro en todas las cuestiones que en la lonja suscitarse pudieran.

Lo cierto es que desempeñaba su difícil papel á maravilla. Desde que llegó al pueblo y abrió su tienda que fué luego progresivamente ensanchando, no se tiene memoria de que Joaquín González, alias el tío *Todo*, disgustase jamás á bicho viviente, ni hiciese cohecho, ni menos perdonase derecho. Su lema era ver, oír... y cobrar. Al lado de los toscos veladores se despellejaba bonitamente al vecindario. No había historia, fábula, conseja ó calumnia que no tuviese allí su teatro; pero él todo lo oía como aquellas inglesas de la patita alzada del calendario de pared. Sonreía, guiñaba á lo sumo sus ojillos grises y en paz. Tocante á sacarle á él un comentario de todo aquello, ni jota.

En cuanto á su mujer, con decir que era muda, pero muda completamente, por haber sufrido á poco de casada nada menos que la extirpación de la lengua, ya puede imaginarse lo á propósito que sería para divulgar chismes. Ella ni sonreía siquiera. Aparecía siempre con un gordo mamón á cuestras, oía, despachaba, contaba el dinero y Cristo con todos. Á su marido le obedecía ciegame. Reconocía la superioridad de su hombre que no fumaba, ni bebía, ni jugaba, ni tenía más que una idea fija: reunir un capitalito decente para liquidar el tenderete y salir con ella de estampía, dejando todos los chismes, calumnias y enredos escuchados durante un cuarto de siglo, en los estercoleros de Torreperda.

El día en que les vemos por vez primera había inusitada animación en la lonja. El Alcalde y el sacristán, que también hacía las veces de maestro y barbero, habían apostado medio cabrito al tute á Diego el albéitar y Nicasio el del canalillo, llamado así porque, teniendo sus tierras á orillas del río, y á varios metros sobre su nivel, diz que, en cierta ocasión construyó un canalillo para que subiera allí el agua. La partida estaba empeñada y á la sazón se discutía una jugada nada limpia del albéitar que había sacado de sus casillas al digno representante de la autoridad municipal.

— Tú lo que eres — dijo resoplando el Alcalde — lo sé de memoria: un tunante, Diego.

— Al respectivo de eso — contestó sulfurado el aludido — más grandes que yo los hay en el pueblo, y de ello puede ser que dé fe y rubrique algún regidor.

— ¿Qué quieres decir? — bramó la primera autoridad municipal, revolviendo los ojos y arrojando por ellos lumbre.

— Que no se dice pronto á la charca: «por allí corres», y que, cuando camina el zambo todo baila, porque mal ven los ojos en que hay culpas ó enojos.

La especialidad de Diego el albéitar era el modismo. Pero ¡qué modismos, refranes y sentencias! Eran nuevos completamente, extravagantes y bizarros. Al hablar, afluían á sus labios, como en el estanque al desagüe las carpas.

— ¿Cuándo has visto que yo haga maldad? — gritó el ofendido. — ¡Bribón, más que bribón!

— ¿Y usted dónde ha visto que yo lo sea? Si no hubiere codornices, no hubiera reclamos. ¿No hay sino tomarla con uno y vejarle? A bien que de la oreja á la boca jornada hay poca, y quien tire de saya ó lengua para oír paciencia tenga. ¡Vaya con el señor Damián!

— Yo estoy más alto que tú y tienes que respetarme.

— ¡Claro que está usted más alto que yo! Cuando se vuelca el escarabajo, mira la torre de arriba abajo. Pero usted dijo que no podía acudir al arrastre y tenía usted una carta del palo.

— Porque en la última baza que se roba no hay que seguirle.

— Sí hay que seguirle.

— ¡No!

— ¡Sí!

— Calma — interrumpió el maestro. — Lo mejor es someter la decisión de la contienda al tío Todo, que él sabrá fallar con arreglo á su buen juicio y conciencia sana.

— ¡Cabales! — saltó el del canalillo.

Acercóse tumultuosamente el grupo al mostrador. Todos querían hablar y exponer sus razones á la vez. El tabernero dejó que la discusión adquiriera tonos violentos sin hacer sino sonreír y relampaguear sus ojillos grises. La disputa fué luego decayendo por cansancio ó inopia. Al último, cuando los contendientes fatigados, parecían haber hallado por sí mismos una fórmula de avenencia, el Alcalde volvióse hacia el árbitro.

— ¿Qué le parece á usted, tío Todo? — le dijo.

Sonrió el oráculo, llenó de vino un jarro no liviano, rascóse la cabeza y dijo en tono sentencioso:

— Todo es una basura, mayormente.

Y dejó el jarro sobre el velador.

Ante aquella profunda sentencia, los ánimos se aplacaron como por arte maravilloso, recobraron todos sus puestos y la pitonisa risueña regresó á su trípode.

Entonces fué cuando entró la tía Geta.

— ¡Noticia, noticia! — clamó con su voz gangosa y nasal la arpía.

— ¡Buena será ella, cuando usted nos la trae! — dijo cortando la baraja el maestro.

— ¡Y tan buena! Echeme usted una perrilla de aguardiente, señor Joaquín.

Era la recién venida una mujer sucia, andrajosa, repulsiva; uno de esos tipos femeninos en que parece desmentirse el sexo. Un día apareció en Torreparda mendigando y recogiendo trapos y objetos destrozados. Socorrióla el Ayuntamiento y allí se quedó en un casuco medio ruinoso perteneciente á un señor de Madrid que le abandonó á su propia ruina. ¿Cómo siguió socorriéndola el vecindario, una vez que adquirió su reputación triste de mala lengua? Tal vez eso mismo la sirvió de salvoconducto. En todas partes la murmuración es precisa, sino que en unas se funde en caracteres y rueda sobre el papel continuo y en otras viste faldas y rueda de taberna en corral.

Escanció el hombrezuelo, apuró la copa la vieja, limpióse la boca con el pañizuelo, dió un resoplido y dijo maliciosamente:

— El cura ha tenido carta de una mujer.

— ¿Y eso qué tiene de particular? — preguntó el maestro. — ¿No puede tener madre ó hermanas ó penitentes que, desde fuera, quieran consultarle?

— Es que la carta, no ha sido el peatón el que se la ha llevado, — repuso la chismosa con acento de triunfo, — sino Nicanor el de Juan. Yo misma la he visto entregar con estos ojos que nada tienen que envidiar á los de otra mujer.

Y señalaba al hablar así sus párpados arrugados y ribeteados de rojo.

— Pues enseguida vamos á saber quién le ha escrito — gruñó el Alcalde, — porque ahora mismo estaba Nicanor en la esquina. ¡Nicanor! — gritó asomándose á la ventana.

Dos minutos escasos tardó el aprendiz en presentarse, durante los cuales la tía Geta sonrió como diciendo: — ¡Ya veréis, ya veréis qué cosas tan curiosas!

En la fisonomía del niño se leía seriedad y prudencia. En sus ojos limpios y perspicaces se adivinaba la poderosa inteligencia, la fuerza de voluntad incontrastable que le habían valido en el pueblo el apodo de *Salomoncillo*.

— ¿Llamaba usted, señor Alcalde? — dijo quitándose la gorra el muchacho.

— Sí, te llamo. ¿De quién era la carta que has entregado ayer al señor cura?

— Eso no se puede decir, señor Damián.

— ¿Y por qué no?

— Porque á mí no me han dado permiso para decirlo.

— ¿Y si yo te lo mando como Alcalde?

— Si usted me lo manda, le diré que se me ha olvidado.

— Entonces pudiera ser que pagaras la desobediencia en la cárcel.

Quedó el chiquillo silencioso y, por fin, con una serenidad impropia de sus pocos años, contestó fríamente:

— Haga usted lo que quiera.

El Alcalde se puso en pie. Aquella rebeldía le sulfuraba. Iba tal vez á golpear á Nicanor, cuando la tía Geta se interpuso.

— Es una tontería enfadarse — exclamó con su sonrisa aviesa y repulsiva. — Ello no puede ser difícil de acertar. ¿Quién hay en el pueblo que escriba con hermosa letra?

— Sin ir más lejos, el señor maestro — dijo Diego el albéitar.

— Pero el señor maestro no perfuma los sobres ni tiene letra de mujer.

— Lo que me parece imposible — dijo el maestro — es que se haya usted fijado en tantos detalles.

La arpía sonrió de nuevo y con ademán triunfante sacó un sobre del delantal.

— ¿Y esto? — preguntó. — ¿No ven ustedes que es peligroso tener en casa á una loca y que Nila ha tirado á la calle el sobre?

Miró el papel el Alcalde y en seguida, sin vacilación y con cierto asombro, exclamó:

— Es letra de doña Octavia.

— ¿Qué le parece á usted, tío Todo? — preguntó la chismosa volviéndose al dueño de la lonja.

Sonrió el industrial, hizo relampaguear un momento sus ojillos grises y dijo con tono sentencioso:

— Todo es una basura, mayormente.

— Y, aunque fuera de doña Octavia — saltó el herrero — ¿qué les importa eso á todos ustedes?

— Cabales — dijo el del canalillo.

— ¿Cómo que no? — vociferó la Geta. — Aquí necesitamos saber si el cura que tiene que darnos ejemplo es una persona decente y si esas forasteras tan empingorotadas son mujeres como Dios manda ó sinvergüenzas que vienen á escandalizar á las gentes de bien.

— Tía Geta — dijo el niño con acento varonil y resuelto. — Usted es una mala persona y una mala lengua. Pero yo, como no he conocido á mi madre, respeto y quiero á todas las mujeres y no me gusta que se las falte.

— ¿Y yo no soy mujer, bribón?

— No; usted no es mujer — contestó el espulque ya sulfurado. — Usted es... una bruja.

¡Dios de Dios! ¿Quién podría describir el arrebato de aquella furia? Lanzóse sobre el chico y las fuerzas unidas de los cuatro hombrones, apenas si bastaban á contenerla.

Pero, de pronto, el Alcalde se puso un dedo en los labios y se hizo un silencio absoluto.

Por la plaza pasaba el cura, grave, cabizbajo, vestido con el mismo traje que llevaba al entrar en el pueblo, y en la mano un libro de oraciones.

Cruzó abstraído y enfiló derecho el camino real. No faltó más para que todos los allí reunidos, recordaran la granja.

— ¿Qué tal? — dijo la tía Geta, guiñando sus ojuelos ribeteados por el alcohol.

El tío Todo rascóse la cabeza, dibujó una sonrisa y contestó con aire doctoral:

— Todo es una basura, mayormente.

— ¡Cabales! — dijo el del canalillo.

■■■■■■■■■■

VII

EL QUINTO CUARTETO DE MENDELSSOHN

ALLEGRO

¡Oh qué viento; qué viento tan bramador y cálido! En el rostro ofende, hiere, abofetea; en el pecho detiene, sofoca y maltrata. Agosta los brotes jugosos y amarillos, deshace en los cerezos y granados los tiernos pétalos, arrebatada las hojas en torbellinos inmensos, gigantescos, rugientes, como las espirales dantescas en que Francesca y Paolo se debaten en una suprema eclosión de amor y de culpa. ¡Oh qué nubes tan cárdenas, tan preñadas de electricidad y granizo! ¡Qué aleteos tan raudos los de los pájaros sorprendidos por el imponente fragor, por el tableteo sordo y prolongado que anuncia el peligro de lo débil, de lo amoroso, de lo tibio, para sepultarlo en torrentes de agua ó de fuego!

Y ¿qué importa? Suena la melodía adentro,

muy adentro. Delicada, serena, dulce, apasionada, sublime, como cuerda que pulsa una mujer; como desgarrado lamento con cadencias de llanto, como queja intensísima que nadie comprende y nadie llora, como místico recitado de un alma cuyas alas se quiebran en su vuelo inefable al espacio infinito.

Allí está: sobre el borde del camino, arrojado en el césped, sin oír la armonía grandiosa de las nubes, sin ver el espectáculo de la tierra llorosa como madre ofendida. Le envuelve el torbellino; le acaricia primero, después le golpea. Nada importa. Sólo escucha el acento melódico de una voz celeste que en cascadas de arpegios, en notas apasionadas y lentas, como caricia blanda, rueda en su oído.

«Soy yo: la mujer; casta como la nieve del Monte Blanco, aérea cual la incierta libélula, fragante como capullo rosáceo y sedoso. Ven: yo quiero besar tus sienes, rodearte de ondulaciones tibias, dejar entre tus labios el néctar que deleita y aturde, desvanece y mata.

¿Creíste que era posible vivir sin mí? Yo soy eterna, indestructible, avasalladora, porque engendro el amor. Y él es el que aletea allá arriba, sobre la tormenta que viene asustando con su majestad á las águilas, y él es el que vibra allá lejos, en la cimera de los copudos robles, en la cúpula de los templos, en la cumbre de la montaña

abrupta, en el rayo impalpable, en la dorada irradiación del sol que se va.

¿No escuchas en esa tierra bella, porque es fecunda, la palpitación de los surcos en cuyo seno la simiente germina? ¿No oyes en escondrijos y madrigueras el ruido de la hembra que se agazapa en busca de sus crías? ¿No oyes entre los árboles, que el viento sacude, algo como rumor de plumas y picoteos? ¿No sientes pasar como proyectiles los insectos rubios como miel encerada ó pardos como fruto de avellano tardío, plegando sobre el coselete sus élitros impregnados de polen? Escucha: es el amor. Es el amor que entona sus himnos, la naturaleza que canta, la vida que exige sus derechos y modula sus frases y gime sus cadencias y te arrastra por siempre á la vibración imponderable y suprema donde todo es éxtasis, melodía y sublimes acordes é interminables notas que ningún acento podrá apagar.»

¡Ah desgraciado César! Su frente se dobla, sus sienes arden con febril golpeteo, su pecho se agita y suspira y solloza, en la tremenda lucha del hombre contra la naturaleza, del átomo miserable contra el Todo.

Y sus labios murmuran una plegaria y su voz, apagada, doliente, quejumbrosa, dice, como una súplica, como una recriminación, como un desgrador y blando reproche:

— ¡Señor, Señor! ¿Porqué me abandonáis así?

SCHERZO

¡Ah, no! La vida es lucha y combate y vencimiento y desplome. ¿Qué importa al siervo presentar el pecho desnudo á su feroz antagonista? Sobre los escudos resonarán los golpes como estridentes campaneos del templo de la fuerza; en cien haces de chispas chocarán las espadas y bajarán en isócrono martilleo sobre los cascos las ócreas y brazales de bronce. Caerá el luchador, por fin, rendido, doblará la rodilla, mirando como mana en su pecho la sangre celta ó gala, sobre los músculos hendidos; sentirá en sus secas y ardientes fauces el polvo del estadio y tenderá la mano á los lictores para demandar su sonrisa al César. Pero, al cerrar los ojos, oirá el aplauso de las vestales, de los senadores, del pueblo, y en el spoliarium una mano piadosa arrojará sobre su destrozado torso una hoja de amaranto ó laurel.

¡Ay! pero en esta lucha cruenta, fatigosa, del mártir contra el hombre, del espíritu contra la carne, no hay Coloseo. En el silencio, en la soledad, en la sombra han de empuñarse y esgrimirse los glaves, han de apararse los escudos, han de darse y recibirse los golpes. Para el vencedor no habrá palmas ni vítores, sino allá en la región ideal que en la mente dibujan fermatas de luz. Para el vencido no habrá sino la noche, pero la noche sin aurora en que ya nada podrá ser salvo,

en que las águilas del casco saludarán tan sólo con sus roncós graznidos al ángel rebelde.

Llueve. Parece que le abrasan aquellas gruesas gotas que simulan llorar la pérdida irremediable de un edén. No importa. En la mano está el libro. La carne enmudece, el espíritu, desligado de todo lazo terreno, de toda culpable flaqueza, va á hablar.

ADAGIO

¡Señor, nada puede haber sobre ti! Tú eres el camino, la verdad y la vida. Ese trueno lejano es tu voz; es tu intensa mirada ese relámpago deslumbrante que sobre las cimas centellea. Ese rumor que sale de los húmedos surcos, esa palpitación que agita sus entrañas, ese hervor colosal de frondas y de hojas heridas por la lluvia y de tallos que troncha el huracán, es el coro inefable de tus legiones místicas. ¡Señor! Yo seré tuyo, sólo tuyo, porque tú eres quien ha dicho á los hombres: *desligaos de todo lo terreno y acercaos á mí*.

¡Una mujer! No es sino la impresión de tus dedos sobre un trozo de barro deleznable. Al apartar tu mano, su aliento se extingue, su gracia se evapora, su esplendor adorable se seca. Nada queda sino la rigidez de la muerte, la palidez de la flor marchita, el horror inmenso de la nada. ¡Señor, yo seré tuyo!

Habla, Señor, que tu siervo escucha. Vierte en mi pecho el bálsamo que todo lo calma, presta á mi corazón la energía que vive y perdura, el ánimo que no desfallece, la consolación que siempre fortifica. Y yo cogeré mi cruz y habré de seguirte, aunque sólo me alumbren esos fulgores de tormenta que sobre mi cabeza se ciernen y ese fragor que va á aniquilarme.

FINAL

¡Qué horror! Se desgajan las nubes y el cielo se alumbra en relampagueo incesante. Al estampido horrisono de la tempestad los árboles se doblan, las rocas se desploman de sus firmes asientos y la tierra se anega en torrentes.

César huye, huye como un fantasma en la sombra, como en la balada alemana huyen los muertos y olvidados margraves. El trueno estalla nuevamente en formidable tableteo y el cielo se enciende á cada instante en resplandores siniestros, satánicos, como si todo el horizonte fuera un solo destello y la tierra una inmensa hoguera.

Huye, mientras el agua cae sobre él á torrentes y el viento le sofoca y el olor acre de la tormenta le embriaga y aturde con sus sulfúreos y penetrantes efluvios. Allí ha caído un rayo, sobre aquel gigantesco chopo que extiende sus brazos en la sombra como un cíclope herido. Por la sombra

ha cruzado en vertiginosa carrera un bulto informe. Quizá una res aterrorizada, acaso una fiera salvaje, acosada por el estrépito ó el torrente. ¿Qué importa? Fuertes y desvalidos, verdugos y víctimas, son todos iguales, arista impalpable, brizna fragil, átomo intangible ante la cólera eterna que se desata.

Ha llegado el momento de acogerse á un refugio cualquiera. ¡Ah, no es lo más terrible, no, la tormenta! Es aquella lucha interior que arrecia y abrasa aún más que el rayo y aturde aún más que el trueno. Sobre la voz de la tempestad, sobre el estrépito de las exhalaciones, sobre el ruido ensordecedor de la lluvia, se eleva la voz melodiosa y apasionada, aquel canto dulcísimo que sigue diciendo: «¡Ven, no me rechaces; soy el amor!»

¿No ves cómo refulge la centella? Es el beso nupcial de la nube con el horizonte. ¿No escuchas el estallido retumbante del trueno? Es el epitalmio de las energías del éter con las fuerzas secretas del mundo. ¿No ves cómo el agua se despeña á torrentes? Es el nuevo consorcio de los cielos con los abismos. ¡Toda esa fuerza es fecundidad, toda esa lucha es vida, toda esa explosión gigantesca es amor!

Y aun más deprisa huye el infeliz. Pero no puede más: la fatiga le ahoga. Al fulgor del relámpago, ve un jardín, una verja, un ingreso techado.